

Discapacidad y feminismos: germinando perspectivas críticas y anti/contracapacitistas desde América Latina

**ELIZABETH ORTEGA ROLDÁN Y
DIANA VITE HERNÁNDEZ (Eds.) (2025)
CLACSO**



Sergio Hernán Blogna Tistuzza

[<sblogna@sociales.uba.ar>](mailto:sblogna@sociales.uba.ar)

Universidad de Buenos Aires. Argentina.

Discapacidad y feminismos: germinando perspectivas críticas y anti/contracapacitistas desde América Latina, editado por Elizabeth Ortega Roldán y Diana Vite Hernández, se presenta como un acto de insurgencia epistémica que despliega su potencia a través de un rito colectivo bajo la metáfora de las fases lunares. Publicado en 2025 por CLACSO, el volumen reúne dieciocho capítulos que convergen en una apuesta por fracturar los circuitos de opresión que atraviesan el capacitismo, el patriarcado, el racismo y la heteronormatividad. Esta reseña, de carácter monográfico, realiza una lectura crítica de la obra en un solo hilo discursivo, articulando reflexiones teóricas, metodológicas y políticas con citas textuales que evidencian la riqueza y, al mismo tiempo, las tensiones de esta propuesta contrahegemónica.

Desde el inicio, las editoras plantean que el libro es “un ritual bajo la luna llena” cuyo objetivo no es sólo producir conocimiento, sino gestar procesos de cuidado, coedición y emancipación compartida. Esta dimensión ritual colectiva, cuidadosamente diseñada con criterios de accesibilidad —texto alternativo, etiquetado de imágenes, hipervínculos internos—, desafía la norma ocularcéntrica y propone un modelo de co-gestación de saberes en el que cada voz disca, locx o neurodivergente deviene parte de un entramado solidario. Sin embargo, la misma apuesta poético-cosmogónica que enciende la imaginación puede convertirse en un obstáculo para lectores/as menos familiarizados/as con el léxico crip y feminista latinoamericano: términos como “disca”, “contracapacitista” o “anticuerdistas” circulan sin un glosario sistemático, lo que a veces exige una lectura paciente y reiterada para orientarse en el mapa conceptual.

A lo largo de la obra, la metáfora lunar estructura cuatro momentos: luna llena (florecientes), luna menguante (enredadas), luna nueva (enraizadas) y luna creciente (germinadas), cada uno de los cuales articula un cuerpo de textos afines. Este recorrido no lineal, a medio camino entre un atlas poético y una cartografía política, funciona como un campo semántico expansivo que invita a lecturas transversales: los capítulos que narran experiencias situadas de mujeres con dolor crónico o de madres de hijxs con discapa-

Revista Española de Discapacidad,
13(2), 181-183.



ciudad dialogan con los ensayos que problematizan las violencias epistémicas en la academia, y ambos se entrelazan con las propuestas performativas de feminismos pro-sexo o antirracistas en los márgenes. Así, la retícula lunar no fragmenta el texto, sino que lo envuelve en una atmósfera simbólica que enmarca la confluencia de afectos, saberes y prácticas transformadoras.

En la sección dedicada a las experiencias cotidianas, Diana Vite Hernández propone un “feminismo contracapacitista” desde su propia vivencia con dolor crónico, planteando que “el prefijo ‘contra’ pone en medio las relaciones afectivas... compartir la mesa y, en esos relacionamientos, hacer brotar la metamorfosis de esas personas”. Esta invitación a concebir la resistencia como un tejido de vínculos ampliados más allá de los ámbitos militantes abre un horizonte relacional potente, aunque podría complementarse con ejemplos más concretos de prácticas de encuentro intercuerpo, para traducir la reflexión etnográfica en rutas tácticas. De forma análoga, las autoras chilenas Rocío Hernández y Bárbara Revuelta analizan la transformación contracapacitista de las maternidades cuando los cuidados recaen en hijxs con discapacidad, reclamando “reconfiguraciones de las maternidades” que incorporen agencia, autocuidado y corresponsabilidad. Su equilibrio entre teoría feminista y estudios de caso resulta sólido, pero la densidad de conceptos sin un glosario de apoyo tiende a sobrecargar la lectura.

Otra contribución valiosa se halla en el capítulo de Melania Lapierre Acevedo, quien explora los derechos socioeconómicos de mujeres indígenas con discapacidad y postula la necesidad de “una alianza decolonial, contracapacitista y feminista”. Al integrar colonialismo, racismo y criticidad al capitalismo, este texto enriquece la interseccionalidad con un enfoque metodológico riguroso basado en entrevistas y mapeos territoriales. No obstante, el libro en su conjunto hubiera ganado en cohesión si los capítulos situados contaran con un texto introductorio que hilara sus preguntas de investigación comunes y favoreciera un diálogo explícito entre autoras.

El eje epistemológico se profundiza en la fase lunar nueva, donde Elizabeth Ortega Roldán desplaza la primacía de la razón hacia las emociones como fuentes de conocimiento contra el “positivismo lógico”: “fragilidad, dolor, miedo y dicha” se erigen como herramientas para cuestionar relatos normativos. Esta apuesta por la teoría afectiva feminista intersectada con estudios crip reafirma el valor de las epistemologías emocionales, aunque demanda mayores ilustraciones de cómo incorporar sistemáticamente estas emociones en proyectos de investigación colaborativa, por ejemplo, mediante talleres o diarios de campo compartidos. En paralelo, el mapeo regional de organizaciones disca/feministas, realizado por Barragán y Murcia Otálvaro, documenta las transformaciones del proyecto de mapeo 2019 a 2022, ofreciendo una reflexión detallada sobre la accesibilidad, la horizontalidad y las dinámicas de co-investigación. Su apartado sobre “prácticas pedagógicas” se perfila como un manual para replicar métodos contracapacitistas, aunque el volumen carece de un epílogo metodológico que sistematice esta valiosa experiencia en forma de plantillas o guías.

La autoetnografía doctoral de Cecilia López Radrigán, que problematiza la relación entre investigadora e investigada y desmonta el extractivismo académico mediante prácticas de reflexividad emocional, aporta recomendaciones prácticas de alto impacto para diseñar protocolos accesibles. La mirada crítica de Laura Schewe sobre las violencias epistémicas en la academia patriarcal y capacitista constituye otro aporte fundamental. Su llamado a “romper pactos patriarcales y capacitistas” recalca la urgencia de reivindicar los estudios femidisca en los claustros universitarios, aunque el texto gana fuerza cuando ofrece ejemplos concretos de resiliencia académica que visualicen las estrategias de resistencia.

La fase lunar creciente, enfocada en interacciones rupturistas, despliega un abanico de voces que transitan lo ensayístico, lo narrativo y lo performativo. Yamily Pérez Villa Rojas reconstruye las luchas transchuecas como un cruce de opresiones raciales y capacitistas, defendiendo la “chuecura” como práctica política para desestabilizar zonas de confort. Su estilo narrativo-ensayístico infunde al ensayo un vigor rupturista, aunque la prosa se vería beneficiada de referencias concretas a campañas o acciones específicas que ejemplifiquen la “trans-chuequería” como modo de activismo. En diálogo con esta puesta en tensión, José Maldonado y Ana Canseco presentan un “feminismo pro-sexo y anticapacitista” mediante un formato distendido de conversaciones abiertas, demostrando que la escritura colaborativa puede devenir forma discursiva que subvierte la rigidez académica. Finalmente, Andrea Gómez ofrece un testimonio íntimo de una mujer autista que opta por la “separación voluntaria” de un feminismo “cuerdista”, reivindicando la subjetividad disidente a través de la “narrativa-rebeldía”. Esta pieza, entre ensayo y confesión, visibiliza cómo la escritura autobiográfica puede erigirse en dispositivo de legitimación epistemológica.

Las contribuciones de este volumen son múltiples: epistémicamente, reivindica las emociones y el conocimiento situado; metodológicamente, brinda estudios de caso y mapeos participativos; políticoprácticamente, propone el contracapacitismo como estrategia relacional y comunitaria; y formalmente, despliega una estructura simbólica que subvierte la linealidad académica. Sin embargo, la aglomeración de capítulos heterogéneos reclama un aparato de acompañamiento más robusto: un glosario de términos esenciales (disca, crip, contracapacitista, cuerdo/cuerismo, femidisca), un epílogo metodológico que sintetice las herramientas prácticas y resúmenes en lenguaje claro para ampliar la accesibilidad cognitiva. Asimismo, la integración de puentes interdisciplinarios con el derecho, la pedagogía y la salud pública facilitaría la traducción de los marcos propuestos en políticas públicas inclusivas.

En definitiva, *Discapacidad y feminismos* constituye un hito para los estudios críticos de la discapacidad y los feminismos en América Latina. Su audacia poética y política convoca a investigadores/as, activistas y estudiantes a sembrar y cosechar alianzas contrahegemónicas. A pesar de retos de sistematización terminológica y metodológica, la obra abre un vasto campo de preguntas y estrategias para imaginar otros modos de conocer y resistir. Leerla es comprometerse con un ritual de escucha, coedición y cuidado colectivo, un llamado a germinar perspectivas críticas que sigan transformando la academia y el mundo.